

En abril de este año comencé a escribir este artículo y hoy, recién después de seis meses, puedo concluirlo. La idea que tenía en un principio ha evolucionado de una manera inexplicable para mí, porque, aunque hayan sido solo unos meses, en este año ocurrieron muchos sucesos impactantes. En un inicio, mi propósito fue escribir acerca de la segunda presidenta mujer en la historia de Bolivia que, si bien llegó por sucesión constitucional y no por el voto popular, supo asumir en su momento el rol histórico que se le puso en frente. Me sentía orgullosa de tal hecho, por decir lo menos. Llegó la pandemia a Bolivia y, como en todo el mundo, las prioridades cambiaron. La normalidad se fue y no volvió más.

Mientras veía el sufrimiento de un pueblo enfermo y maltratado por el virus mortal del socialismo, luchando por vencer a otro virus más letal pero menos dañino, el del Covid19, empecé a relacionarme con gente e ideas nuevas. Durante los meses que pasaron, experimenté y aprendí, me caí varias veces y me costó levantarme en cada una al ver cómo los cimientos de lo que creía conocer se terminaban derrumbando.

Entendí que nos hemos acostumbrado tanto a tener un ente supremo que nos dirija el destino —el Estado—, que olvidamos lo que es vivir en libertad. Esperamos impacientes que desde un palacio se decida cada paso que vamos a dar, queremos que haga más, que controle más, que limite más. Buscamos, incoherentemente, que nuestra cadena sea cada vez más gruesa y después nos quejamos de tener que soportar esa carga tan pesada. Con la temporada electoral, la más larga que hemos tenido, llegaron también (o volvieron, más bien) las prácticas políticas que tanto despreciamos. Se dividieron aquellos que lucharon juntos por la libertad de la sociedad, para volver a ser esclavos conscientes de un nuevo amo, pero esta vez uno “bueno”.

Los principios fueron reemplazados por los cheques, las causas pasaron a ser pugnas por espacios de poder, los valores se transformaron en slogans vacíos, la democracia recuperada se irguió en prostíbulo de lealtades y la libertad conquistada, degeneró en libertinaje político. Ese es el escenario que hoy vivimos a menos de diez días de elegir un nuevo gobierno que, por cómo se está desarrollando la disputa electoral, parece que será de transición hacia cinco años más de lucha continua, para volver a recuperar lo que un día ganamos con pititas, llantitas, esperanza y voluntad de ser libres.

A pesar de todo, soy optimista. Confío en que las lecciones aprendidas van a terminar prevaleciendo. Que vamos a recordar, en algún momento, que el valor más importante de una sociedad es su gente, que es por los ciudadanos y su libertad que debemos luchar y no por las instituciones creadas para controlarnos y limitarnos. Que el camino se allana respetando el proyecto de vida ajeno, que la identidad se elige y no se impone, que el poder es tan efímero como quienes, circunstancialmente, lo poseen a través de un cargo público y que solo a través de la sociedad civil organizada podremos conquistar el sueño de vivir en paz.